

FIEN VELDMAN

XEROX



El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.



Título original: *Xerox*

© Fien Veldman, 2023

Publicado por acuerdo con Sebes & Bisseling Literary Agency

© De la edición en castellano: Bunker Books, 2025

© De la traducción: Maria Rosich Andreu, 2025

Ilustración de cubierta: © Sara Herranz

Diseño de cubierta: © Bunker Books

Fotografía de solapa: © Lauren Murphy

Bunker Books S.L.

Cardenal Cisneros, 39, 2º 15007 A Coruña

www.bunkerbooks.es

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-128919-4-2

Depósito legal: CO 1636-2025

Impreso en Ulzama Digital

Este libro fue publicado con el apoyo de la
Fundación Neerlandesa de las Letras.

Nederlands
letterenfonds
dutch foundation
for literature

PRIMERA PARTE

EN FUNCIONAMIENTO

Si no hay vínculo entre las personas y tú,
intenta estar cerca de las cosas:
ellas no te abandonarán.

RAINER MARIA RILKE

Es curioso que la gente dijera de nosotros que vivíamos al margen de la sociedad, aunque no nos enteramos hasta más tarde. Se inventaban eufemismos para nuestros barrios, y gente que no sabía nada sobre ellos redactaba planes de desarrollo para nosotros. Pero ¡eso era entonces...! Entonces mi mundo era pequeño. Ahora, después de haberme integrado en el entorno de las oficinas, ha sido cuando la fuerza centrífuga de la existencia realmente me ha empujado hacia el margen más externo de la sociedad. Estoy en una de las órbitas que dan vueltas alrededor del centro, pero es la órbita más alejada. El extremo. Y tú estás ahí conmigo, por cierto. Si el núcleo es el sol, nosotros somos plutón, y plutón ya ni siquiera es un planeta, solo un pedazo de roca, así que no hace falta escribirlo en mayúscula.

¿Tanto cuesta poner la dirección correcta en una caja? Apenas ha empezado la primavera y hace demasiado calor para esta época del año. Camino bajo el sol, a primera hora de la mañana aún se puede soportar. Al principio de la larga calle en la que se supone que han entregado mi paquete, una bandera ondea sobre la puerta de un bar en el que yo nunca entraría. En la acera hay dos motos negras y relucientes aparcadas de través, no quiero chocar con ellas por miedo a que les salte la alarma. No puedo caminar

por la calzada porque es hora punta y se está formando un atasco. El conductor del último vehículo de la fila, una furgoneta blanca, ha abierto la ventanilla. Tiene la radio encendida. Anuncios. Un cursillo de escritura en línea, totalmente a medida de su negocio. Delante hay un camión pequeño. Alguien pita. *Suscríbase al servicio de entrega* [claxon] *y no vuelva a quedarse sin tinta*. Los operarios de un camión de mudanzas descargan cajas con parsimonia. Camino despacio, adelantando a todos los coches, esquivo toda una colección de bicis rojas de alquiler esparcidas por la acera. Una chica con una camiseta roja descolorida y una tableta en las manos las escanea y revisa una por una. Paso junto al contenedor de basura lleno a rebosar, el contenedor de papel lleno, rodeo la terraza formada por cuatro mesas oxidadas con una plantita suculenta encima, y dejo atrás el enorme parterre de hormigón que hay prácticamente en medio de la calle. Lo puso el ayuntamiento cuando unos tipos anónimos embistieron multitudes en otros lugares de Europa. Una red de seguridad temporal para la incertidumbre de nuestra existencia. Aquí son parterres enormes para detener a chicos influenciables; en los campos de refugiados de Pakistán, mujeres afganas tejen imágenes de drones en sus alfombras. El odio se propaga como un virus, infectando fácilmente a los más débiles de la sociedad; incluso a toro pasado es difícil precisar cuándo se produjo exactamente el contagio. En su momento alguien dijo que habría que considerar a los violentos como un grupo de criminales solitarios, pero en lugar de ello, los consideramos representantes de una parte del mundo y nos consideramos a nosotros mismos representantes de otra, mundos que chocan y son incompatibles. En fin, por eso ahora tenemos ese parterre ocupando media acera.

Cruzo la calle principal, que a las ocho y media de la mañana ya está llena de turistas mal vestidos intentando orientarse. Yo avanzo con determinación. Esta es mi ciudad, que lo sepan. Apesta a basura, el olor agrídulce y penetrante de las cosas inservibles. Todo lo que dejo atrás acaba convirtiéndose en basura; el cuándo solo depende del momento en que decidas que algo ya no tiene valor. Si lo pusieras en una línea de tiempo, verías: nada, nada, nada, nada, nada, la invención de la cosa, la fabricación de la cosa, la existencia de la cosa; compra, uso, desaparición, la cosa a la basura, basura basura basura basura basura. Justo a las afueras de la ciudad, la planta de tratamiento de residuos más grande de Europa Occidental está al borde del colapso. La calle está llena de envases vacíos, trozos de plástico, restos de comida en descomposición, escurriduras inidentificables aquí y allí. La empresa ya no puede asumir los residuos; los trabajadores de la planta sabotearon sus propias incineradoras porque estaban descontentos con su contrato, y luego las repararon muy despacio para ir ganándose días de vacaciones adicionales y horas extra mejor pagadas. La directiva no se enteraba de nada, los de arriba no entendían del todo cómo funcionaba la planta. Pero un fatídico día de hace uno o dos meses, los empleados dejaron de poder arreglar sus propios sabotajes, que eran cada vez más complicados, y se inició una investigación. El castillo de naipes se derrumbó. Pero seguía llegando basura de todas partes: la fábrica procesaba, aparte de todo lo que se tiraba en el Benelux, casi todos los residuos de Gran Bretaña. Por eso mi ciudad está a punto de ser engullida por un vertedero medio británico que no deja de crecer. Y los turistas no hacen más que empeorarlo. Borrachos y drogados, tiran al suelo todo tipo de basura que luego nosotros, inocentes residentes, nos vemos obligados a sortear. Pero mientras no mires abajo, la ciudad es preciosa, con sus callejuelas, sus casas viejas en los canales, plazas idílicas y cafés pintorescos. Es una ciudad pagada con dinero

del comercio de esclavos y llena de diminutivos graciosos; lo único grande son las iglesias, pero hoy en día ya no se usa casi ninguna. Cuando hace sol, el centro parece la portada de una guía de viajes. Y todos estos turistas, por mucho que me molesten con sus gorros de lana y sus ojos vacíos, quieren hacerse fotos que parezcan salidas de una guía de viajes. Buscan la belleza, yo también lo entiendo. Lo que hacemos todos, ¿no?

Pasa una mujer de mediana edad del sur de Europa, el olor a basura queda eclipsado un momento por un perfume empalagoso. Sigo andando, paso por delante de la tienda de quesos y entro en el sex shop. En el mensaje de correo electrónico del servicio de paquetería (SU PAQUETE ESTÁ EN REPARTO) ponía mi nombre, el nombre de la empresa en la que trabajo, un nombre de calle real (esta calle, donde se encontraba la oficina mucho antes de que yo entrara en la empresa) y un número de casa que no existe.

Por eso voy entrando de uno en uno en todos los comercios de la calle. El sex shop es estéril y dentro se está fresco. Acaban de abrir, soy la primera y única clienta. Al otro lado del mostrador hay un hombre de unos cincuenta años con un cúter en la mano. Tiene la cara bronceada y unos ojos amables rodeados de patas de gallo.

—*Can I help you?*

¿Queda alguien por aquí que hable neerlandés, todavía? Bueno, en realidad ya no hace ninguna falta, Joost van den Vondel¹ lleva mucho tiempo muerto.

—*I am wondering if a package for me has arrived here.*

Mi inglés podría ser más ágil y rápido, mejor pronunciado y menos sobreactuado, pero me adapto al acento de este hombre,

¹ Joost van den Vondel fue un poeta y dramaturgo neerlandés (1587-1679) (N. de la T.)

hablo inglés mal a propósito. Creo que así me entenderá mejor. De hecho, también me parece que los británicos o australianos tienen bastante morro al seguir utilizando su propio acento cuando están con personas de otros países.

—*My name might be on it.*—No sé si pronunciar mi nombre a la neerlandesa o a la inglesa—. [mi nombre] (inglés) [mi apellido] (neerlandés). *Or the company's name*, [nombre de la empresa] (en inglés).

—*Let me see*—dice el hombre. Abre con el cúter las dos grandes cajas de cartón que tiene a su lado en el mostrador. Ninguna lleva pegatina con la dirección. La primera está llena de esposas con piel falsa de color negro; la segunda, con las mismas esposas pero en rosa—. *I am afraid not.*

Inclina una de las cajas para mostrarme el contenido y que yo vea que no me está engañando.

—*Thank you.*

Salgo y me detengo ante un asador argentino a oscuras. Dentro hay un grupito de personas formando un círculo, parece que estén reunidos.

¿Por qué tan temprano, y con las luces apagadas? Cuando golpeo el cristal de la ventana, se hace el silencio de inmediato. El paquete tampoco está aquí. En el coffeeshop, que a estas horas ya está abarrotada de hombres de veintipico años, el sonriente empleado que hay tras el cristal de seguridad me dice que no con la cabeza. ¡Necesito mi paquete! ¡No puedo irme sin él! Pero esto no tiene ninguna importancia para este trabajador de coffeeshop en su cabina blindada, así que le doy las gracias y salgo aguantándome la respiración. Descanso un rato en el lugar donde el otro día casi acabé muerta.

Me desperté tirada en la acera. Ahora ya lo he contado varias veces, lo típico cuando te pasa algo así: te toca repetir la historia una y otra vez, hasta que das con una versión que te funciona y puedes mantener de manera constante. Las historias necesitan una forma que permita que la gente se entienda. Yo misma me había tumbado en la acera, en posición fetal, después de agarrar a un hombre que estaba ahí esperando a alguien y ordenarle que me ayudara. Era viernes por la noche, ya había oscurecido. La ciudad tiene un aspecto muy diferente cuando estás tumbado en la calle. Hay musgo en las ranuras entre los adoquines. Junto a mi mejilla había una colilla pisada. La base de las farolas es sorprendentemente ancha. Estaba más cómoda de lo que me habría esperado, y más calentita, también, y pensé que podría dormirme. Pero no lo hice, porque a mi alrededor estaban pasando muchas cosas. El hombre que esperaba a alguien estaba confuso. Seguramente yo acababa de arruinarle la noche, pero según había leído una vez, dirigirse a alguien de manera directa y clara era el único remedio eficaz contra el efecto espectador, y no quería arriesgarme a morir de un paro cardíaco tirada en una esquina por no haberme atrevido a hablar con un desconocido. Mientras yo yacía ahí en el suelo, temblando de la cabeza a los pies, el hombre comentó:

—Ya, a mí tampoco me van muy bien las cosas que digamos. Se supone que había quedado con mi ex, pero ya llega más de una hora tarde.

Con mis últimas fuerzas, conseguí decir:

—Qué frustrante.

—Te llevaría hasta ese banco, pero la semana pasada me quedé enganchado de la espalda.

Quise decirle que no pasaba nada, que lo entendía, pero apenas podía hablar. Casi había perdido la consciencia cuando otra cabeza apareció en mi campo de visión. Era una mujer.

—*Are you alright?* —preguntó la cara nueva con acento escocés.

Hice un ruidito.

La cara dijo algo a alguien que yo no podía ver.

—*Should we get you an ambulance?*

...

—*What's your name?*

La persona me puso un dedo contra la carótida.

...

—*Can you count to ten?*

—*One* —empecé. Respiré hondo—. *Two*. —Largo silencio—. *I'm sorry...* —otra respiración profunda, la cara todavía flotaba delante de la mía— *to inconvenience you*.

Cuando llegó la ambulancia, vi en horizontal cómo se me acercaba la paramédica. Era una mujer enérgica, exactamente lo que se espera de alguien que trabaja en el sector sanitario. En tono cansado y con un marcado acento holandés, me preguntó:

—*So what's the matter?*

—No lo sé.

Intenté articular lo más claramente posible, pero mis músculos faciales no cooperaban, así que sonaba como si estuviera borracha. Y también comprendí que el personal de la ambulancia había visto a una chica joven tirada en la calle un viernes por la noche con un montón de británicos alrededor y había sacado la conclusión lógica.

—Ah, ¿eres neerlandesa? —preguntó la enfermera, mucho más amable de repente—. Te vienes con nosotros.

Hizo señas a su compañero, un hombre corpulento. Mientras él me subía a la ambulancia, pensé en que tal vez debería escribir mi propia elegía, así ya estaría hecho.